LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 36.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.

No se venden números sueltos.

Sumario.—Grabado de modas.—Cubre-taza. Guarniciones de trages.—Velo-máscara.—Encages para guarnicion de velos.—Cesto para papeles.—El canto de Lámia.—El corredor de playa.—Amor y dolor. — César de Vermont.—Revista de Madrid. — Figurin iluminado.

Explicacion del grabado de modas.

Trage de moer gris.—El borde inferior de la enagua está guarnecido con cuadrilongos sesgados, formados con tiras estrechas de tafetan negro. En su interior se halla una línea de *zigzas*, ejecutada con cordon grueso negro. Paletot de *gros-grain* negro, con pelerina cuadrada por delante, puntiaguda por detrás, recogida en el hombro izquierdo por un lazo de cinta de tafetan negro, con agujetas de pasamanería mezclada con azabaches. Sobre las costuras del paletot se ven presillas sujetas por botones gruesos de pasamanería adornados con azabaches.—Dos presillas terminadas por agujetas de azabache, van colocadas en la parte anterior del cuello. Para hacer este paletot se emplean 6 metros de tela que tenga 59 centímetros de ancho.

Trage de pelo de cabra lila.—Lo bajo de la enagua se adorna con arabescos ejecutados con tiras estrechas de tafetan negro cortadas al sesgo, y rodeadas por un dibujo de trencilla negra. — Paletot igual al anterior, visto por detrás.

Guarniciones de trages.

Todas las guarniciones cuyo dibujo y explicacion publicamos, pueden ejecutarse sobre los trajes de tafetan, de alpaca, de moer, en una palabra, sobre todas las telas de verano, de otoño y de invierno. Disminuyendo un poco sus proporciones se las repite en las mangas, en los corpiños, y

TRAGE DE MOER GRIS.

TRAGE DE PELO DE CABRA LILA.

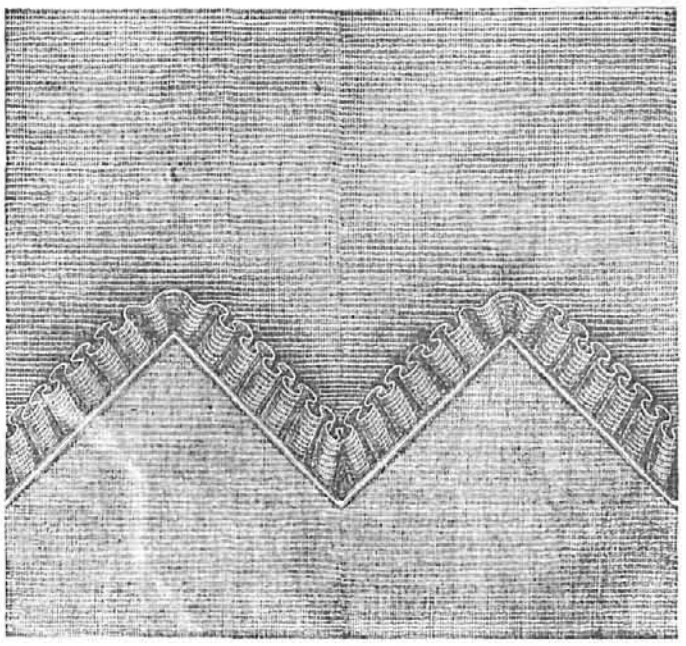
© Biblioteca Nacional de España

los paletots ó talmas iguales en un todo al trage.

N.º 1.—Tira á puntas de la misma tela que el trage. Estas puntas (colocadas como se ven en nuestro dibujo) se orlan con un vivo de tafetan de color que corte, y un rizado hecho de tela semejante al del trage.

N.º 2.—Esta guarnicion tambien se hace de la misma tela que el trage; solo que el volante pequeño á festones puesto sobre el volante ancho, lleva un vivo de tafetan de color brillante; los cairéles son del mismo color que el vivo. El volante inferior se forra con gasa fuerte. El rizado pequeño superior se hace de tela puesta doble; lo mismo sucede con la tira estrecha que atraviesa la guarnicion y sostiene los cairéles.

N.º 3.—Guarnicion compuesta de rizados y de presillas de encage negro, propias para trages de gasa, de granadina y de tafetan. Los dos rizados inferiores tienen 4 centímetros de alto; el tercero, que lleva una cabeza, tiene 5 centímetros; los tres se hacen de la misma tela que el trage, pero puesta doble. Las presillas que interrumpen los rizados á intervalos iguales, se hacen con un pedazo de entredos de encage negro, puesto sobre cinta de color vivo, doblada por cada extremo en forma de bucle.

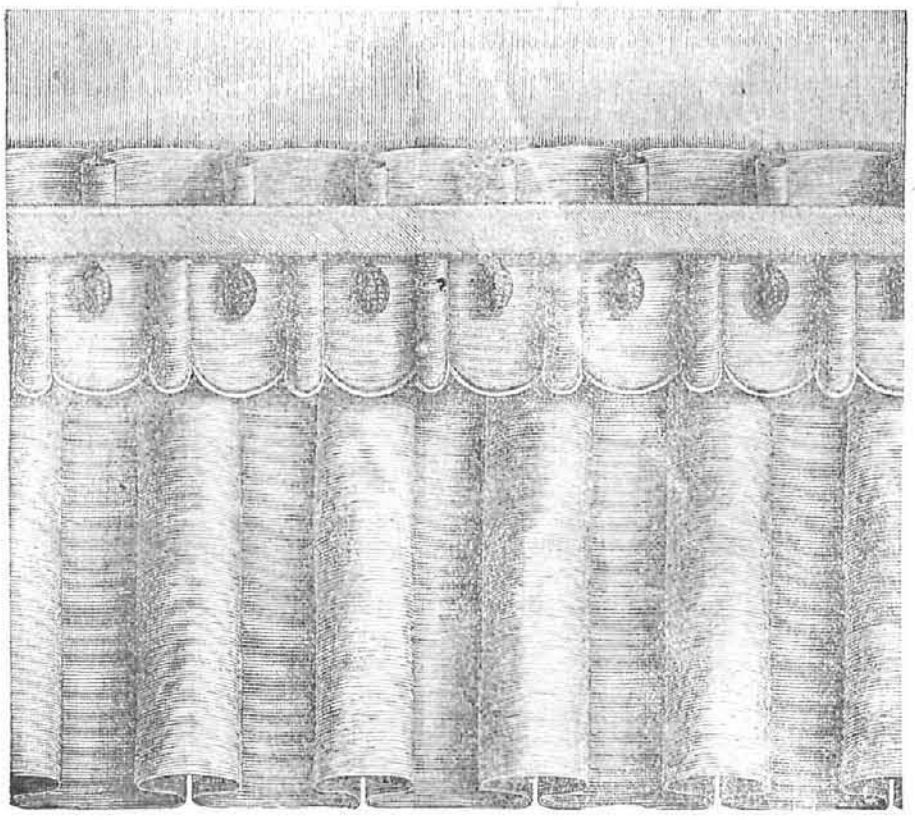


GUARNICION PARA TRAGE N.º 1.

N.º 4.—El volante encañonado inferior es de la misma tela que el trage, y se forra de gasa fuerte. Se termina exactamente sobre la misma línea que el borde inferior del trage sobre el que va puesto. El entredos de encage se rodea por cada lado con un rizado de la misma tela que el trage; debajo de este primer rizado se coloca un segundo de tafetan de color que corte bien, ó solamente mas oscuro que el del fondo.

N.º 5.—El volante inferior está tambien forrado de gasa, á fin de que los tres cañones, agrupados juntos, queden bien redondeados. El rizado que va hácia arriba se hace de tafetan de color que destaque bien. Las tres presillas colocadas entre los cañones, y la tira al sesgo que forma ondas encima del volante son de tela igual á la del trage, y se llevan al rededor un vivo del color del rizado de tafetan.

El castaño sobre el gris conviene á las señoras de alguna edad, así como el violeta, el cual en rigor puede usarse en todas edades; los colores mas alegres y mas propios para las jóvenes son el azul, el verde, y aun el cereza y el punzó, sobre todas las tintas grises, crudas, Habana, fieltro y cuero.



GUARNICION DE TRAGE N.º 2.

Velo-máscara.

Los velos mas ó menos pequeños, pegados á la cara, se llevan hoy en todos los sombreros de ciudad, de campo y de viaje; se los guarnece con flecos de azabache, de cuentas, de paja, de felpilla, y con encajes adornados con cualquiera de estos objetos. Publicamos hoy los dibujos de dos encages guarnecidos de la manera que acabamos de indicar.

Nuestro modelo tiene 36 centímetros de alto en el medio, incluyendo en esto el entredos y el encage; 56 centímetros de ancho horizontal; está redondeado por su borde inferior, y la altura de sus bordes trasversales es de 25 centímetros para cada uno; pero están cortados al sesgo de modo que formen una punta (véase el dibujo).

Uno de los encages se adorna con cuentas negras de azabache, empleadas tambien para los cascabelillos; el otro, con cuentas blancas de cristal y cuentas *nacaradas ó salinadas*. Se hace el velo de tul de encage, con lunares negros, blancos ó amarillos; se le asegura al borde del sombrero empleando la *pinza de velillo*, que dimos á conocer en uno de nuestros números anteriores.

Cesto para papeles.

Tres dibujos se consagran á este objeto; el uno representa el cesto terminado, en tamaño reducido;—otro es la cenefa ó lambrequin que lleva al rededor, en tamaño natural;—un tercer dibujo, en fin, representa la armazon del cesto, hecha de madera esculpida imitando roble antiguo; la altura de esta armazon es de 80 centímetros; se compone de tres piés, cada uno de 10 centímetros de circunferencia, que se unen á un círculo, cuyo borde tiene de espesor 4 centímetros y cuyo diámetro es de 46. Mediante estas indicaciones, cualquier ebanista podrá ejecutar esta pieza, la cual, si se quiere consultar la economía, se hará de madera lisa.

El saco, que es el que en realidad compone el cesto, tiene 1 metro y 50 centímetros de ancho, por 47 centímetros de largo. Se hace de cachemira. El borde superior se clava debajo del aro de la armazon. El inferior se frunce de modo que forme por dentro una especie de roseta, que se clava sobre el punto en que se unen los 3 piés. Para cubrir los clavos, se pone por dentro del aro un rizado hecho con trenza de lana, que tenga 2 centímetros de ancho. Este saco se hace, en nuestro modelo, de cachemira color de pensamiento.

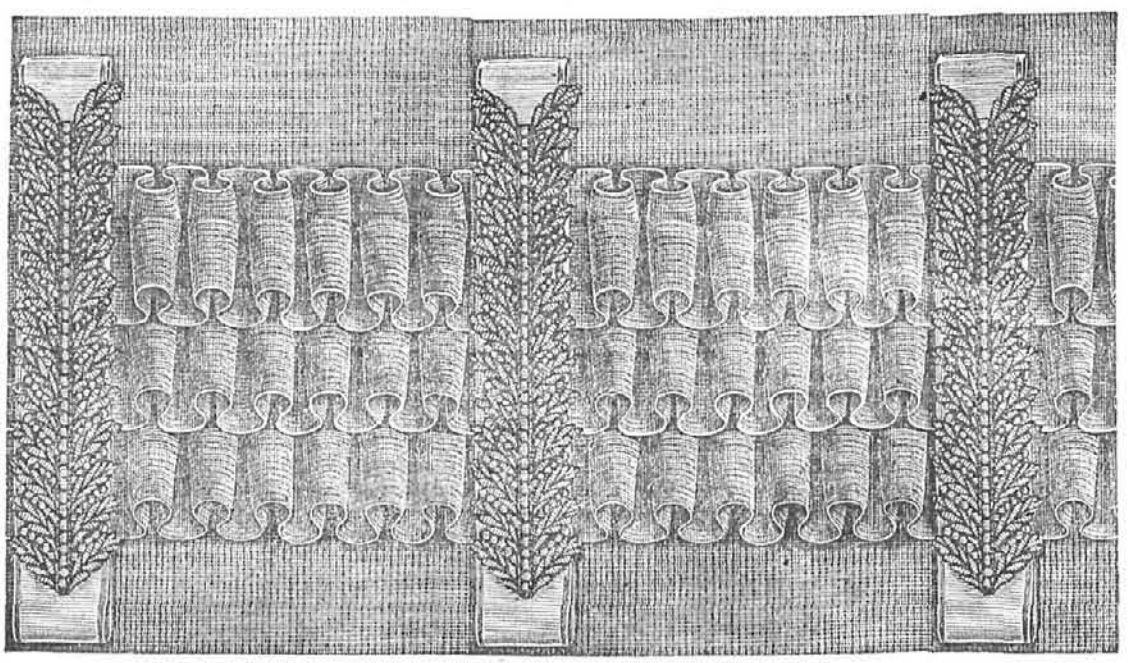
Cada punta del lambrequin se hace por separado; se ponen dos entre cada brazo del armazon, separadas una de otra por un intervalo igual al que las separa de los brazos. En cada intervalo de estos se pone una roseta hecha de cinta de tafetan del mismo color que el saco. En el centro de cada roseta se coloca un boton, y debajo de aquella una borla. Antes de emprender la descripcion del lambrequin, diremos á las personas poco familiarizadas con esta especie de labor (aplicada sobre paño ó reps) que se puede sustituir este lambrequin con uno de tapicería.

Lambrequin del cesto para papeles.—Se le ejecuta sobre reps de lana gris como fondo.

Nuestro dibujo reproduce el lambrequin sin interrupcion, porque puede utilizarse así para cortinas, chimeneas, etc. Para el cesto, se hará cada punta aislada, segun se ha dicho, es decir, que se detendrá el dibujo en el centro del intervalo que separa dos puntas.

El marco del medallon se hace de terciopelo negro, orlado por cada lado por una trenza de plata, atravesada por puntos de seda negra. Junto á esta trenza, se pone un cordoncillo igualmente de plata. Al rededor del medallon se hace al pasado, con seda negra, una serie de lunares. La especie de encage que rodea al medallon se hace á punto de cordoncillo con seda lila y cordoncillo de plata, atravesado por puntos negros. Las cruces son de seda negra.

El ramo del centro se hace al pasado; la flor se ejecuta con seda blanca rodeada á punto de cordoncillo con seda lila. Las hojas de seda negra llevan al rededor cordon de plata; se rellenan con puntitos negros salpicados. El resto del follage se ejecuta á punto de espina con seda negra. La orla inferior y superior del lambrequin se componen de una trenza de seda color de pensamiento, fijadas por puntos de feston muy separados hechos con seda lila, adornada en su centro con puntos cruzados de seda negra. Encima de la trenza violeta van unos bucleccillos, ejecutados con trencilla negra, y orlados con cordoncillo de plata atravesado por puntos negros.



GUARNICION DE TRAGE N.º 3.

EL CANTO DE LAMIA.

(Conclusion.)

V.

Mas arriba de Aurrecoechea, casi en la loma del *monte existia una antiquísima* ermita consagrada al Apóstol San Bartolomé, y por los años de 1379 se constitu-

© Biblioteca Nacional de España

yeron allí en vida monástica unos piadosos ancianos que deseaban consagrarse á la oracion y al amparo de los viajeros que atravesaban aquellas alturas entonces despobladas y cubiertas de espesos bosques, donde abundaban las fieras.

En 1429 el eremitorio de Bérriz se erigió en convento de religiosos agustinos, y hácia 1515 su comunidad se trasladó á las cercanías de Bilbao, donde el piadoso caballero Tristan de Leguiremon le proporcionó terreno donde fundar su nueva casa y templo.

Un siglo despues, es decir, en la primera mitad del XVII, cuidaba de la ermita de San Bartolomé de Bérriz, que ha subsistido casi hasta nuestros tiempo, una santa mujer que mas de una vez participó de los dolores de Prudencia y ayudó á esta con sus piadosos consejos. La ermitaña de Bérriz, con cuyo nombre se conocia á aquella sierva de Dios, gozaba gran fama de santidad fundada en su piedad y en la frecuencia con que el Señor iluminaba su espíritu revelándole lo porvenir.

En el momento en que espiraba Prudencia, la ermitaña de Bérriz que oraba ante el altar del Santo Apóstol, tuvo una singular vision. El humilde templo de San Bartolomé desapareció de su vista, ante la cual se mostraron abiertas las puertas del cielo. Prudencia, circundada de luz y acompañada de una legion de bienaventuradas madres á quienes el amor y los sacrificios maternales habian valido la aureola de las santas, llegaba al pié del trono del Señor, que habló así á la nueva escogida:

—Santa fuiste como hija, como esposa y como madre, y hé aquí que si mucho amaste y padeciste en la tierra, mucha y perdurable gloria tendrás en el cielo.

—Gracias, Señor! exclamó Prudencia sonriendo de inefable gozo, al mismo tiempo que en sus ojos asomaba una lágrima.

—Por ventura no consideras bastante recompensados tus dolores?

—Oh, Señor, sí!

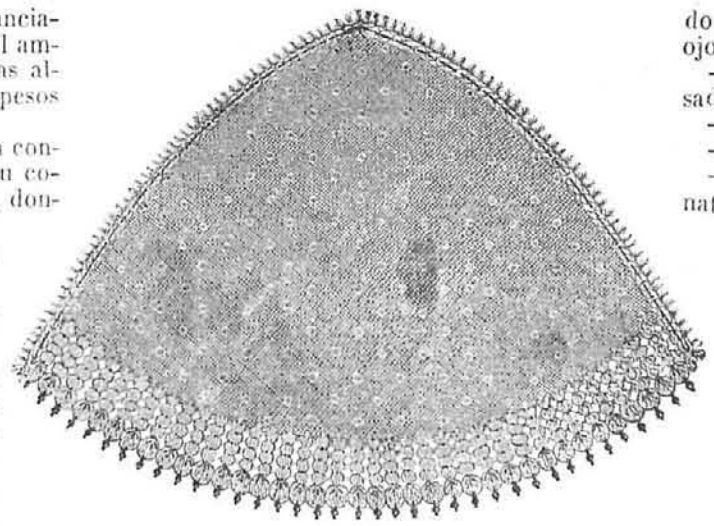
—Pues ¿porqué brilla una lágrima en tus ojos?

—Señor, queda aun en mí un átomo de la débil naturaleza humana, y pienso que si torna mi hijo á las playas nativas, ya nadie le esperará en ellas!

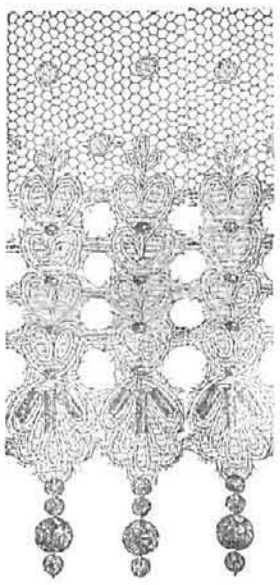
—Yo que soy el que todo lo puede, completaré tu gloria disipando tu último dolor. Despréndase ese átomo humano de tu naturaleza celeste, y animado por el santo amor de madre, torne á las playas de Dóndiz.

Al hablar así el Señor, los ojos de Prudencia, libres ya de su última lágrima, brillaron de celeste alegría, porque Prudencia era ya la bienaventurada y no la madre.

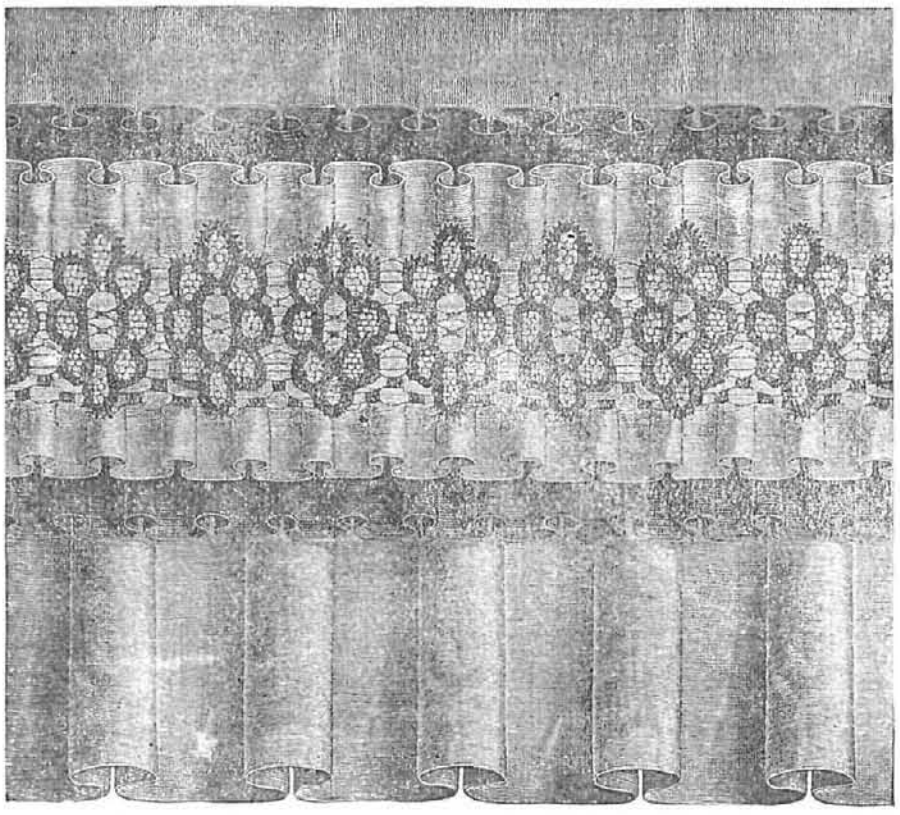
Y en aquel instante la singular vision se ocultó á la vista de la ermitaña de San Bartolomé.



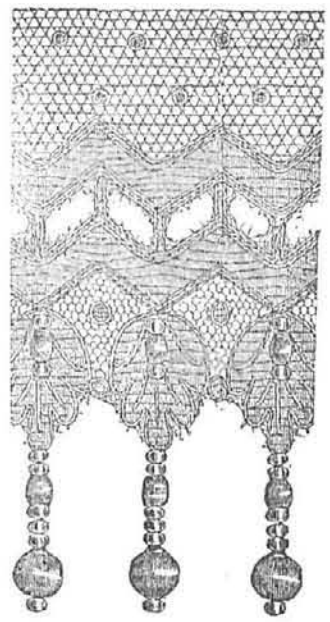
VELO-MÁSCARA.



ENCAGE PARA GUARNECER LOS VELOS.



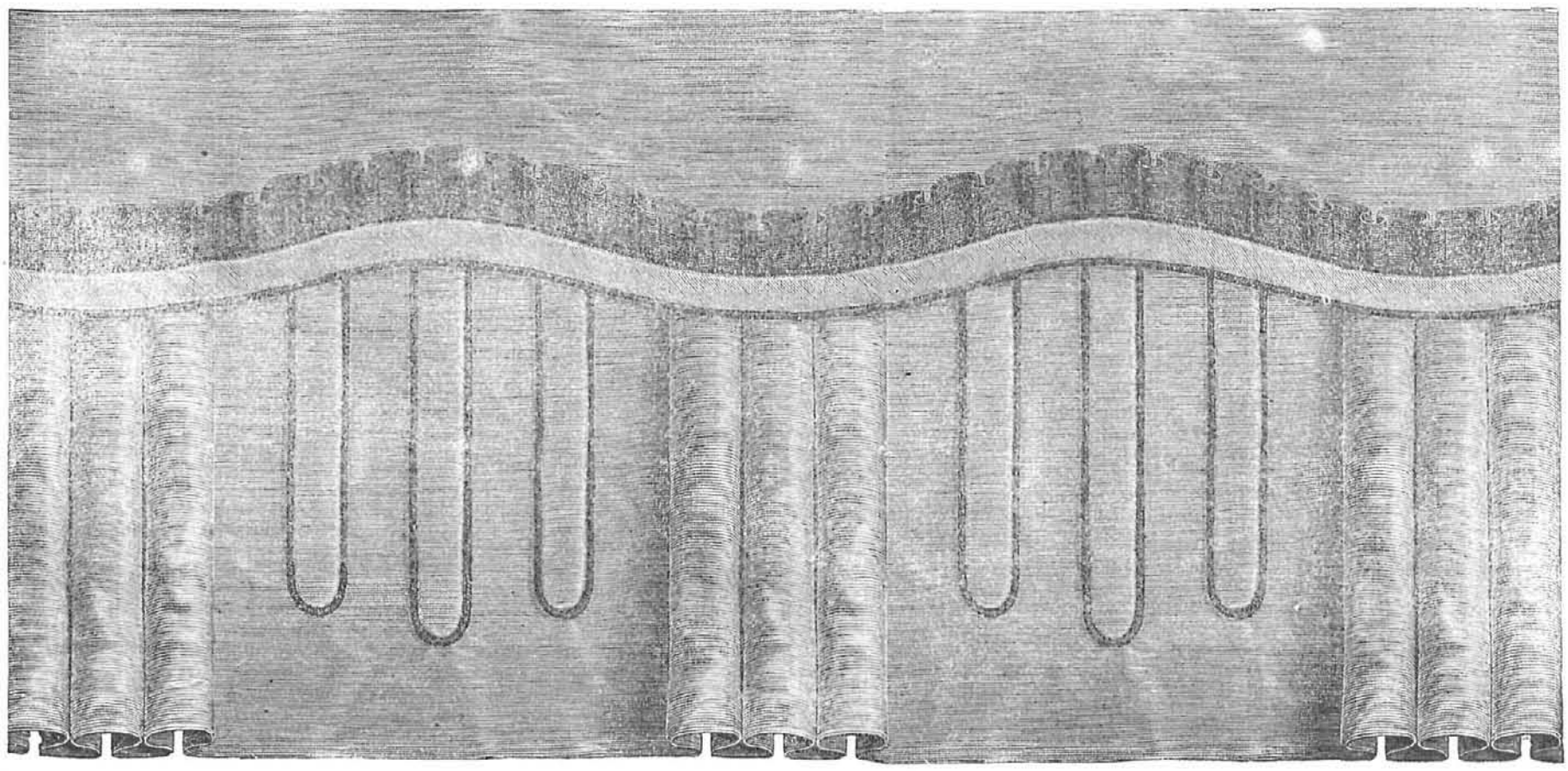
GUARNICION DE ENAGUA N.º 4.



ENCAGE PARA GUARNECER LOS VELOS.

Poco tiempo despues, empezó á darse el nombre de Lamiaco-playa á las junqueras de Dóndiz, en cuya espesura empezó á oirse el dulcísimo y singular canto de Lámia que aun se oye y seguirá oyéndose mientras se alejen de la patria hijos de esta noble tierra.

El canto de la Lámia resuena siempre que abandona las aguas del Ibaizabal, para surcar las del Océano, algun buque en que se aleja de estas montañas algun hijo de ellas. Todas las armonías de la patria, realzadas y embellecidas por la garganta de



GUARNICION DE TRAGE N.º 3.

© Biblioteca Nacional de España

un ángel, se resúmen en él: allí la melodía del sitio y el tamboril que alegra nuestros valles; allí las canciones con que nuestras madres y *zenzañas* nos arrullaron en la cuna; allí los *zentzuac*, los *ijuijac*, el *ujuju* y el *cariyi* con que nuestros montañeses hacen correr de monte en monte y de valle en valle sus alertas, sus retos, sus alegrías marciales y sus ansias amorosas; allí el *canto* de las carretas y el ruido de las tolvas de los molinos y de los mazos de las ferrerías, que son el «aquí estoy» de la industria; allí el repique de nuestras campanas; allí los mil distintos y alegres rumores que alborozan los campos donde se celebran nuestras romerías; allí el canto de nuestras aves y hasta el rumor de la brisa que suspira en nuestras arboledas, y el bramido de las olas que se estrellan en nuestras costas; allí, en fin, todas las armonías, todos los cantos, todos los rumores, todos los ruidos que constituyen el aliento y la voz de la vida vascongada.

Y este canto es tan dulce y seductor que oidos que le oyen jamás le olvidan, y corazon que latió al oirle, jamás deja de latir por la patria á donde ansian perpétuamente tornar los que estén lejos de ella, porque jamás deja de resonar en su oido el canto de Lámia.

Andando el tiempo, la casa en que Ignacio vino al mundo y donde hizo derramar á su madre tantas lágrimas, se convirtió en un convento de capuchinos trinitarios, cuyas tristes ruinas veo desde la estancia en que escribo, y se sabe que el venerable hoy Matías de Morquina, primer superior de aquella santa casa, solia aplicar el sacrificio de la misa por la salvacion del hijo de Prudencia.

En cuanto al hijo de Prudencia, *no ha tornado* aun á las playas nativas, porque Dios, cuya justicia tiene premios para todo lo bueno y castigos para todo lo malo, no podia dar al mónstruo que desconoce el amor filial, la felicidad mas dulce de la tierra, que es tornar á la patría despues de haber suspirado por ella en el destierro.

ANTONIO DE TRUEBA.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(CONTINUACION.)

—¡Oh Bella! exclamó M. de Milval cruzando las manos con ademan suplicante; ¡basta por Dios! volvamos al lado de vuestro padre. ¿Qué valor puede tener para mí una vida comprada á tanto precio? Angel de caridad, sed conmigo misericordioso: no me impongais tan horrible sacrificio.

—¡Recoged velas, entregadnos á la gracia de Dios! interrumpió José con desaliento.

Esta órden era el último grito de esperanza.

En breve el viento desencadenado hizo virar á su antojo el débil esquife, el cielo se entreabrió y los relámpagos se sucedieron uno tras otro, y la lluvia y el granizo caian en espesos remolinos.

Despues de algunos momentos el huracan fué disminuyendo poco á poco, viéndose desaparecer la nube sobre Nieuport.

Cuando José pudo reconocer lo que habia pasado en torno suyo, vió á su prima y M. de Milval sentados como antes en la popa, al corredor acurrucado en la proa; pero la barca tenia dos piés de agua y el mástil estaba roto.

Esto le inquietó aun mas, porque el viento, soplando de la parte del Norte, le impedia avanzar mas adentro, y las olas, estrellándose contra la barca, la ponian aun mas en peligro que en el momento de la tempestad.

José tomó una resolucion suprema: se dirigió á Bella y dijo:

—Dadme el timon.

Despues dirigiéndose al corredor, exclamó:

—Iza y larga las escotas.

—¡Gran Dios! qué quereis hacer? exclamó aterrada la jóven.

El pescador repuso bruscamente:

—¿Quereis que estemos toda la noche bogando contra viento y marea, mucho mas cuando los navíos ingleses han abandonado el puerto? El mar está horriblemente alterado: soy responsable de la vida de todos, y es preciso ir á tierra.

—¡Oh, no, no, por piedad! exclamó la jóven con acento desolado. De ese modo condenais á M. de Milval á la muerte, y habeis prometido salvarle.

—Si Dios quisiera; pero ya lo veis que no quiere.

Bella lanzó un gemido y ocultó el rostro entre las manos. M. de Milval trató en vano de consolarla.

—No hay mas que un recurso, exclamó José: entrar en el puerto de Nieuport.

—Pero Nieuport será en breve invadido por las tropas.

—¿Y cómo ha de ser? escoged vos misma: Nieuport ó las dunas. No hay un tercer partido. En breve llegaremos á Nieuport: el viento es favorable; la noche oscura y aunque haya centinelas enemigas, no nos verán.

—¡Ah! dijo la jóven, ¡Dios nos proteja! dadme el timon.

José, reemplazado por la jóven, fué á soltar un rizo á la vela mayor: la barca viró, se deslizó ligera sobre las olas, y en breve estuvieron en el puerto de Nieuport. Ya dentro de él, el viento fué perdiendo poco á poco su fuerza, lo que hizo mas

LAMBREQUIN DEL CESTO PARA PAPELES.

CESTO PARA PAPELES.

© Biblioteca Nacional de España

fácil el desembarco.

—Prima, id hácia el cabo Viervoct, y silencio; ni una palabra.

La barca se dirigió hácia aquel punto sin encontrar obstáculos. Antes de saltar en tierra. M. de Milval tomó la mano de la jóven, y dijo con voz profundamente alterada:

—Bella, en vano queria mostraros mi gratitud; vuestra imágen vivirá en mi corazon eternamente unida á las de mi madre y de mi hermana, y sea cual sea mi suerte, vuestro nombre subirá al cielo envuelto en mi última oracion.

José hizo saltar al jóven, y algunos soldados de la guarnicion del fuerte se adelantaron á recibirle como compañero; sin perder tiempo apartó José la barca de la ribera izando de nuevo las velas. M. de Milval siguió con la vista á sus salvadores. Apenas salvaban la embocadura de la rada, un tiro se oyó al otro lado de la playa, seguido de otras muchas detonaciones, entre las que se destacaba la de un cañonazo.

El jóven lanzó un grito de angustia, y temblando por la heróica niña, siguió á los soldados que le condujeron al fuerte.

XI.

El ejército francés habia bloqueado la ciudad de Nieuport, cortando toda comunicacion por tierra y por mar. La línea setentrional y oriental de fortificaciones estaba ocupada por las tropas á las órdenes del general de brigada Vandamme, mientras el general en jefe Mortan dirigia el ataque contra la línea occidental.

Por cada lado del puerto se habian establecido baterías para bombardear la ciudad, pero particularmente contra el fuerte de Viervoct dirigian sus primeros ataques. Protegidos por las altas dunas contra los navíos ingleses, sostenidos por gran número de batallones acampados por la parte de Dunkerque, los ingenieros construian sus trincheras para avanzar el ataque lo mas cerca posible del puerto. Bajo la instruccion del comandante Dejean y del general de artillería Eblé, los ochocientos hombres que trabajaban en las trincheras habian adelantado de tal modo en ellas, que se habian empezado á trasportar cañones para abrir la brecha por la cual se habia de asaltar el fuerte. Nadie dudaba que este sucumbiria al primer asalto, y probablemente la ciudad, perdidos sus principales puntos de defensa, no opondria una resistencia larga.

Esta conviccion redoblaba el entusiasmo de las tropas, que trabajaban dia y noche trasladando los cañones en la oscuridad á fin de enviar antes del alba un vigoroso saludo á la guarnicion.

Entre tanto las tropas acampadas reposaban sin presentir tan próximo peligro; no obstante, antes del alba fueron despertadas por el redoble del tambor que daba la señal de alarma y por el estampido del cañon.

Era evidente para todos que los sitiados habian hecho una salida hácia las trincheras enemigas con ánimo de desbaratarlas y clavarles los cañones.

En breve, todo el ejército francés estuvo dispuesto á la batalla, y algunas compañías de cazadores fueron á proteger los trabajos de los ingenieros.

Muy luego se oyó el fuego de fusilería; los sitiados, para impedir la marcha de las tropas francesas, pusieron fuego á toda la batería que defendia el ala occidental del fuerte, y durante algun tiempo el estampido del cañon resonó en los aires hasta que el fuego fué cediendo poco á poco, y por fin el silencio sucedió al ruido del combate.

Una hora despues cada cual defendia sus posiciones: los franceses habian rechazado enérgicamente la salida de los sitiados, y aunque habian retirado algunos heridos, cantaban un himno de entusiasmo, porque habian obtenido por su parte doscientos prisioneros de guerra.

Eran estos en su mayor parte soldados de Hanover, otros del pueblo mismo, y los demás emigrados. Los últimos llevaban el uniforme y escarapela negra del regimiento *Leal-Emigrado*, que ya en algunos encuentros habia sembrado la muerte en las filas republicanas; por eso estos eran tratados con menos consideraciones por las tropas, no obstante las órdenes contrarias de los jefes.

El oficial que mandaba la retaguardia era un capitan jóven aun. A su lado iba un oficial de mas edad, y llevaba la mano izquierda envuelta en un pañuelo empapado en sangre.

—¿Os ha herido en esa mano algun emigrado?

—Sí, un bayonetazo; pero en algunos dias no ver el sol.

—¿Le habeis enviado al otro mundo?

—No, he muerto á dos en su lugar: tal es la injusticia de la guerra...pero el que me ha herido viene aquí.

—Enseñádmele.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de granadina lila.—El trage de debajo se hace de tafetan del mismo color. El de granadina, mas corto que el otro, se recorta en festones muy anchos, guarnecidos con tres volantes, y fijados en cada entrada de la curva por una presilla de tafetan lila, adornada con botones de nácar. Corpiño montante, con faldon cuadrado por detrás.

Trage de muselina de seda verde claro.—Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante, sobre el que va puesto un bullon con pliegues encontrados, y encima y debajo de él dos rizados orillados por un encage negro.—Corpiño montante. Mangas con un bullonado hasta el codo, como se indica perfectamente en el dibujo.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Para qué? El general ha prohibido que se maltrate á los prisioneros, que pertenecen á consejo de guerra, se aguardará la vuelta del general Moreau, que ha ido á Ostende, llamado por el general en jefe Pichegru, para pronunciar la sentencia de los que han hecho armas contra su patria.

—Allí viene un emigrado alto, pálido, con los cabellos blancos, y nos mira con aire provocativo: apostaria que ha sido él quien os ha ensartado esa mano.

—No por cierto, ha sido el jóven de cabellos negros que viene á su lado con aire meditabundo.

—¿Ese mirlo blanco?

—Si le hubiérais visto en el momento del combate, tendriais mejor opinion de él: se ha batido como un leon.

—¿Y no está herido?

—Como los soldados hanoverianos se han entregado, han desarmado á los otros para impedirles continuar la lucha. Los emigrados no se hubieran entregado, no ignoran la suerte que les espera.

—Los llevaremos á la granja que está en el centro del campamento.

—Ahora, adios, dijo á su camarada el oficial mas anciano: voy al cuartel general á esperar la llegada del jefe.

—¿Estais alojado con el estado mayor?

—Si tal, á medio tiro de fusil del cuartel general.

—Hasta luego pues.

Cuando su camarada se alejó, el jóven oficial ordenó á los prisioneros acelerar el paso, siendo conducidos en efecto á una extensa granja de fuertes y elevados muros; allí se les anunció que no les quedaban mas que algunas horas de vida, y podian ir tomando sus últimas disposiciones.

Un batallon fué destinado á la guarda de los prisioneros.

El capitan que los habia conducido declinó su mando en otro oficial y se dirigió al campamento con el resto de su fuerza.

(Se continuará.)

Damos cabida, con mucho gusto en nuestro periódico á la siguiente composicion poética de la Señorita Doña Eloisa Gonzalez, siendo muy de notar la circunstancia de que esta jóven solo cuenta dieziseis años, y es ciega de nacimiento. Esto es admirable, y digno de tomarse muy en cuenta al leer sus sentidos versos.

La jóven de que se trata es hija del estimable señor y amigo nuestro D. Antonio Gonzalez, comandante de la guardia civil de esta provincia.

AMOR Y DOLOR.

Si ves la noche tender
En el espacio su manto;
Si oyes al rio correr,
Si á la fuente ves verter
Su melancólico llanto;
Si oyes suspirar la brisa
Que besa amante la flor;
Si ves la dulce sonrisa
De Aurora que el mundo pisa
Entre planta y arrebol;
Si ves el sol que radiante
Dá al prado sus resplandores,
Y que derrama anhelante
Sus mil puntas de diamante
Sobre su córte de flores;
Si ves la tarde plegar
Sus alas de azul y rosa
Y blancas nubes cruzar
Que impacientes á esperar
Van la noche silenciosa:
Entonces no habrá en tu mente
Ni un mundano pensamiento,
Y en tu alma un sentimiento
Puro y grande se alzará:
Y una lágrima tal vez
Brote de tus negros ojos,
Lágrimas que no es de enojos,
Ni de placer ni pesar.
Que ese llanto que tú viertes
Es el llanto que adoramos,
Es el llanto que buscamos
Con indefinible ardor
Son las lágrimas queridas
De dulce melancolía,
Riego suave que le envia
Dios, al puro y santo amor.
Amor grande, amor divino,
Amor que nace en el cielo,
Néctar de inmenso consuelo,
Manantial de la virtud.
Amor que sus blancas alas
Batiera sobre tu frente
Y magnético y ardiente
Te deslumbró con su luz.
Es el amor que no quiere
Acordarse de que hay mundo
Y que con desden profundo
Pronto nos le hace olvidar.
Y esa vida que sembráras
Tú ayer, de ambiciones necias,
Hoy lo que coje, desprecias
Por otra vida buscar.
Esa vida que tú buscas
Es vida de sentimiento,
Es vida de sufrimiento,
Amargo y triste quizá.
Muy amargo si no tienes
Un alma que te comprenda,
Si cuando tu mano tienda
No hallas otra que estrechar.
Feliz, si de la floresta
En el plácido retiro,
Oyes el leve suspiro
De enamorada mujer,
Y vés sus manos de nácar,
Que acarician tus cabellos,
Y vés en sus lábios bellos
La sonrisa del placer.
Y al susurro de las auras
Y al murmullo de la fuente,
Te dice cándidamente
Una palabra de amor.
Y te dice que es la vida
Para ella, una quimera;
Que es en el mundo extranjera
Conoces en su candor.
Y te dice que desprecia
Esos mundanos placeres,
Que compadece á esos seres
Que sueñan con la ambicion:
Que solo en honores piensan,
Y que maldades coronan,
Seres que nunca ambicionan,
Los goces del corazon.
Que el amor vivir no quiere
Entre el oro y terciopelo,
Puesto que nació del cielo
Donde existe la quietud.
Y no conoce otras joyas
Que las que adornan al alma,
Es su oro dulce calma,
Sus diamantes la virtud.
Esos seres ¡ay! profanan
Esa palabra querida,
Ese todo de una vida
Que no pueden comprender;
Ese vago sentimiento,
Esa mágica armonía,
Ese algo que nos guia
Todo lo bueno á querer.
Esa dulce sensacion,
Amor, que aman los amores,
Sentimiento de las flores,
Rayo de luz del Eden.
Esa música del alma
Cuyas notas de dulzura
Hacen brotar limpia y pura
La tierna fuente del bien

Ese es el dulce sueño de la vida
Que corona de flores nuestra frente;
Ese es el sueño amante que convida
Otro mundo á mirar mas inocente.
Óyese allí la célica armonía
De puros y tiernísimos querubes,
Y sus miradas en la tierra fria
Tristes fijan los astros y las nubes.
Ven, ven, ¡ay! mira, de placer me rio
De nuestra vida ya se rasga el velo;
Por fin encontró un mundo el amor mio,
Al fin halló su patria que es el cielo.
Allí existe Jehová, padre amoroso,
Que con cariño á ti uniera mi alma,
El que hizo el prado, el mar, el bosque umbroso,
Y opuso á la tormenta dulce calma.
Ven, ven, conmigo, alcemos nuestro acento
Hasta su trono en tímidos cantares,
Y allí desde el cristal del firmamento
Este prado verás, y aquellos mares.
Y allí hallarás la madre cariñosa,
La que amante en sus brazos te mecia,
Y desde allí verás la selva hojosa
Que recuerda tu infancia todavia.
Y verás á la pura y blanca rosa
Que divino su aroma te ofrecia,
Y mirarás el plácido arroyuelo
Todo mas bello, visto desde el cielo.
Y juntos mil coronas formaremos
De bellísimas flores purpurinas,
Que luego á nuestra frente ceñiremos
Sin temor de clavarnos sus espinas.
Y siempre asidos de la mano iremos
A recibir la bendicion divina,
La bendicion de Dios que santa y pura
Colmará nuestras almas de ventura.

Calló la voz, y la aurora
Ciñe de perlas la flor,
Y el aura acariciadora
Y la fuente bullidora,
Tambien hablaban de amor.

Mas qué veo!
Ya palpitas,
Ya te agitas
Con temor.
Es en vano
Lo que miras,
Ya suspiras
Con dolor.
No tu mano
Tristemente
Por tu frente
Pases ya.
Nada busques
Con empeño,
Que fué un sueño
Y nada mas,
No en las ondas
Del torrente
Dulcemente
Creas mirar,
Su sonrisa
Tierna y pura
Su figura
Celestial.
No preguntes
A las flores
Tus dolores,
Calla al fin.
¡Ay! oculta
Con cuidado
Desgraciado
Tu sufrir.

Nunca estés triste; oculta, si, en tu pecho
De tu penosa vida los dolores,
Y si un dia el corazon tienes deshecho
Arroja sus pedazos, mas no llores.
Riete siempre, vea siempre el mundo
En tus lábios la risa del placer,
Y no adivinará que vá profundo
Minando tu existencia el padecer.
Pues no comprende que sufrirse pueda
Entre diamantes y bordados de oro,
Porque él no cree que entre plata y seda
Se pueda derramar amargo lloro.
Esconde con cuidado tus pesares,
Esconde de tu vida los abrojos,
Enseña al mundo flores á millares
Sin que asome una lágrima á tus ojos.
Y si mas padeceres y amarguras
Vienen un dia á destrozar tu alma,
Hablen siempre tus lábios de ventura,
De apacible quietud, de dulce calma.
Que hay en el mundo, por desgracia, seres
Que saben desgarrar el corazon,
Hablando al que padece, de placeres,
Hablándole de dicha y de ilusion.
Pero qué saben ¡ay! si no han sufrido
Largos dias de angustia y de pesar!
¡Ellos qué han de saber, si no han tenido
Ilusiones queridas que olvidar!
Felices, si, felices, la alegria
Les presta sus encantos seductores;
Felices ellos que en tranquilo dia
No marchitan con lágrimas las flores.
Mucho padeces, si, ven y tu frente
Yo sostendré con cariñoso anhelo,
Mi mano enjugará tu llanto ardiente,
Yo rogaré por tu ventura al cielo.
Hay en el mundo seres que nacidos
Para llorar tan solo y padecer,
Buscando van errantes y perdidos
Un alma que los pueda comprender.
Y vuelven á buscar, y en sus oidos,
Los pesares resuenan por doquier.
Y si se nubla su tranquila frente,
Burla el mundo conságrale insolente.
Yo tambien sé sufrir, yo ya he probado
De una triste existencia los enojos,
Y aun hay un mas allá, que no he mirado,
Que no se atreven á mirar mis ojos.
Un porvenir mas triste y desgraciado,
Un porvenir cubierto de despojos,
Y más allá la tumba tenebrosa,
Sin que adorne una flor su fria losa.
Quizás nunca una lágrima querida
Vendrá á caer sobre mi frente helada,
Y si una triste flor el mundo olvida,
Tal vez allí la deje abandonada.
Y puede ser que vaya un ave herida
Allí á entonar su sepulcral balada,
Y nunca rezará sobre mi losa
Ni amante, ni familia cariñosa.
Triste es la tumba, bella la alegria:
Mezclémonos del mundo en el ruido,
Busquemos su placer y su ambrosía,
Del corazon ahoguemos el latido;
Y esperemos con ansia el bello dia
En que lanzar no pueda ni un gemido,
Y nuestras tristes almas un consuelo
En santa dicha encuentren en el cielo.

ELOISA GONZALEZ.

CÉSAR DE VERMONT.

(Continuacion.)

Desde el momento en que llegó al castillo de Gomez habia considerado imposible su retirada tan luego como los españoles ocupasen las alturas. El deber de César habria sido el volverse con sus soldados á Chiva, puesto que así se lo habia prevenido su coronel para el caso de peligro inminente. La insureccion, que la presencia de los húsares debia impedir, habia estallado ya, y si aun no se habia comunicado á Oliente, consistia en la ausencia de Victoriano.

En el momento hizo salir á otro húsar para que llamase al que por su órden acababa de partir, y subiendo á lo alto de una torre desde donde se descubria una parte del desfiladero, miró al fondo de la barranca. Con gran placer suyo vió que el húsar habia sido alcanzado por el compañero enviado con tal objeto, y al mismo tiempo distinguió gentes á caballo que volvian la esquina de una roca. Eran Victoriano con algunos criados, dos damas y otro caballero. Se acercaba pues el momento en que iba á ver de nuevo á Doña Ana.

Era de preveer que la jóven española habia sido puesta por su hermano al corriente de todo lo acaecido, pero tambien era dudoso que Victoriano lo hubiese referido tal como acaeció. Por ciertas palabras de Estrella habian hecho sospechar á César que Victoriano, que de algunos años á aquella parte se consideraba como el único amo de la casa, no podria ver con gusto la vuelta de su her-

© Biblioteca Nacional de España

mano, porque su alma, desarrollada entre la aspereza de las montañas, revelaba una inclinacion indomable hácia la independencia, y aquel anhelo de dominar que no retrocede ante ningun medio, cuando se trata de desembarazarse de un obstáculo cualquiera, ya provenga de un amigo ó ya de un enemigo.

César se dispuso á volver á su habitacion para aguardar en ella que se le avisase la llegada de Doña Ana. Al cabo de algunas horas, Estrella se presentó para suplicarle fuese á ver á Doña Jimena. Al entrar, César vió una jóven que desde luego reconoció ser Doña Ana. Además habia en la estancia un caballero sentado junto al lecho de Doña Jimena. Esta señora, que tenia el rostro vuelto hácia la puerta, se sonrió, y señalando con su mano dijo con voz dulce:

—Miradle, y ya no dudareis; pero sobre todo no le atormenteis con preguntas.

Un vivo carmin coloreó el rostro de Doña Ana, cuando, al volver la cabeza, reconoció al jóven oficial. César temiendo la venganza de Victoriano, que nunca habria perdonado á su hermana el haber salvado la vida de un *gabacho*, estaba muy resuelto á no mostrar la menor emocion, al menos en presencia de los demás. Saludó urbanamente á Doña Ana, y con frialdad á su compañero, jóven pálido, de ojos negros, de mirar sombrío, en el cual supuso reconocer al prometido esposo de que se le habia hablado. César rogó á Doña Ana le dispensase el permanecer aun en el castillo de Gomez, permanencia causada por la necesidad, añadiendo que procuraria ocasionar la menor molestia posible. Entonces preguntó á Don Manuel, al que tenia por partidario de las opiniones de Victoriano, si estaban resueltos en Valencia á recibir un segundo ataque de los franceses, el cual seria mas vigoroso aun que el primero. A esta pregunta, el español palideció de ira.

—Para emprender un segundo ataque se necesitan tropas, respondió, reprimiendo un movimiento de violencia: luego añadió. En esa pregunta se conoce que no sois la persona por la que habeis dejado que se os tome.

César iba á responder, pero Doña Jimena, tal vez fatigada por la conversacion que habia tenido con su hija y con Don Manuel, dejó caer de repente su cabeza sobre las almohadas lanzando un suspiro. César no queriendo hacer testigo á la pobre enferma de una escena con él, calló hasta tanto que Doña Ana hubo colocado con mayor comodidad á su madre, despues de asegurarse de que dormia; entonces aquel dijo en voz baja:

—Podria yo tener un momento de conferencia con vos y con esta dama?

Don Manuel inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y como Estrella acababa de entrar, los tres salieron del cuarto de Doña Jimena. Doña Ana se habia repuesto completamente de su sorpresa, y si no buscaba las miradas de César, tampoco las evitaba; algo habia en su semblante que indicaba que ponia en él su confianza.

Don Victoriano pasó tambien con ellos á una habitacion inmediata. César, dirigiéndose casi exclusivamente á Doña Ana, principió á explicar todo cuanto habia hecho para convencer á Doña Jimena de su error, y que, resuelto como estaba á ocultar la verdad, no habia cedido de su propósito sino por el temor de que aquella verdad hiciese demasiado daño á la señora. Declaró que estaba pronto á abandonar el castillo si Don Victoriano lo deseaba, y rogó á este y á Doña Ana tuviesen á bien, en tal caso, buscar un pretexto para tranquilizar á Doña Jimena. En fin, exigió de Don Manuel le manifestase el motivo de las palabras pronunciadas por él en el cuarto de la enferma.

—Don Victoriano me habia dicho, respondió Don Manuel, que os habiais resignado con harta facilidad al desempeño de vuestro papel: y, para decir lo que siento, yo soy tambien de opinion de que en semejantes circunstancias no se debe engañar á una madre.

—En este punto pienso precisamente como ambos, replicó César friamente.

Pero yo tambien tengo madre, y confieso que conservaria un reconocimiento eterno hácia el que hubiera tenido el valor de hacer un sacrificio para salvar su vida.

—Lo mismo pienso yo, caballero, dijo Doña Ana, y os doy las gracias por lo que habeis hecho. Estrella me ha pintado el estado de mi madre, y he podido juzgar por mis propios ojos que tenia razon al decir que vuestro alejamiento hubiera podido causar su muerte. Comprendo vuestra penosa situacion, y os agradezco el que hayais tenido bastante fortaleza de alma para ocultar una verdad tan funesta, ó por lo menos para aplazar su revelacion, mientras se presenta un momento mas favorable.

Al oir estas palabras, el semblante de César se coloreó con un ligero carmin. Ellas le habian consolado, porque así era como esperaba oir hablar á Doña Ana. Victoriano y Manuel le miraban con aire sombrío.

—Pero ¿qué fin tendrá todo esto? preguntó entonces el último; porque no os ocultaré que vuestros compatriotas abandonan la sierra, y si os quedais atrás nadie podrá responder de vuestra vida. Mañana ya no podreis quizá volveros.

—Dejadme á mí el cuidado de mi propia seguridad, respondió César. Volveré en cuanto mi coronel me lo ordene, ó cuando me obligue á ello alguna circunstancia que aun no se ha presentado. En todo caso, vos y Don Victoriano sois mis rehenes, ya sea que ambos respondais de mi, ya sea que deje el castillo cuando lo crea conveniente. En el momento en que me vea precisado á escoger entre la salvacion de mis húsares y la vida de Doña Jimena, mi resolucion no puede ser dudosa.

—Nosotros no podemos echar sobre nuestros hombros semejante garantía, dijo Victoriano.

—Pues yo lo hago en nombre de Victoriano, se apresuró á decir Doña Ana con tono firme y resuelto. Mi hermano no puede querer la muerte de un hombre á la presencia del cual está ligada la vida de nuestra madre; por la influencia que egerces sobre los habitantes de la sierra, te es fácil responder de la persona cuya presencia es aun necesaria aqui.

—Calla, insensata, exclamó Victoriano con la mirada llena de hiel y de cólera, no hables así delante de un enemigo. Ciertamente puedo tomar sobre mí la salvaguardia de un hombre aislado, pero nó la de todo un destacamento de húsares. Haced marchar á vuestros soldados y quedaos solo aquí: entonces solamente responderé de vos.

—Eso seria faltar á mi deber, respondió César. Pero basta, ya sé á qué atenerme, y sé cuán delicada es mi posicion. Si permanezco aquí, comprendo, por el modo de hablar de estos señores, que pongo en riesgo mi vida y la de mis soldados; si parto, vuestra madre creerá perder de nuevo á su hijo. Tomaré pues mi resolucion hoy ó mañana. Entre tanto, os encargo, señores, que no tomeis parte en ninguna tentativa hostil contra la nacion á que pertenezco y contra sus tropas; de lo contrario usaré de mi derecho con todo rigor. Y ante todo, servios, caballero, entregarme vuestros papeles, dijo volviéndose á Don Manuel, porque vos sabeis que en circunstancias como las presentes estais obligado á daros á conocer á la persona que manda en esta poblacion, de la cual no sois vecino.

Don Manuel palideció de ira, pero se reportó, y puso en manos del oficial algunos papeles que sacó de su cartera. César los examinó atentamente y le dijo:

—Estos papeles nada valen; falta en ellos la firma del comandante francés. Yo debiera haceros arrestar y trataros como espía, si no podeis probar que perteneceis á la familia de Gomez y que teneis aquí vuestro domicilio. Por consideracion á los habitantes de esta casa me abstendré de semejante medida; pero os advierto que habeis cometido una imprudencia, y que correis el riesgo de ser tratado como tal espía si volveis á Valencia con estos papeles, porque cualquier otro oficial que os encuentre no tendrá ciertamente con vos los miramientos que yo he tenido.

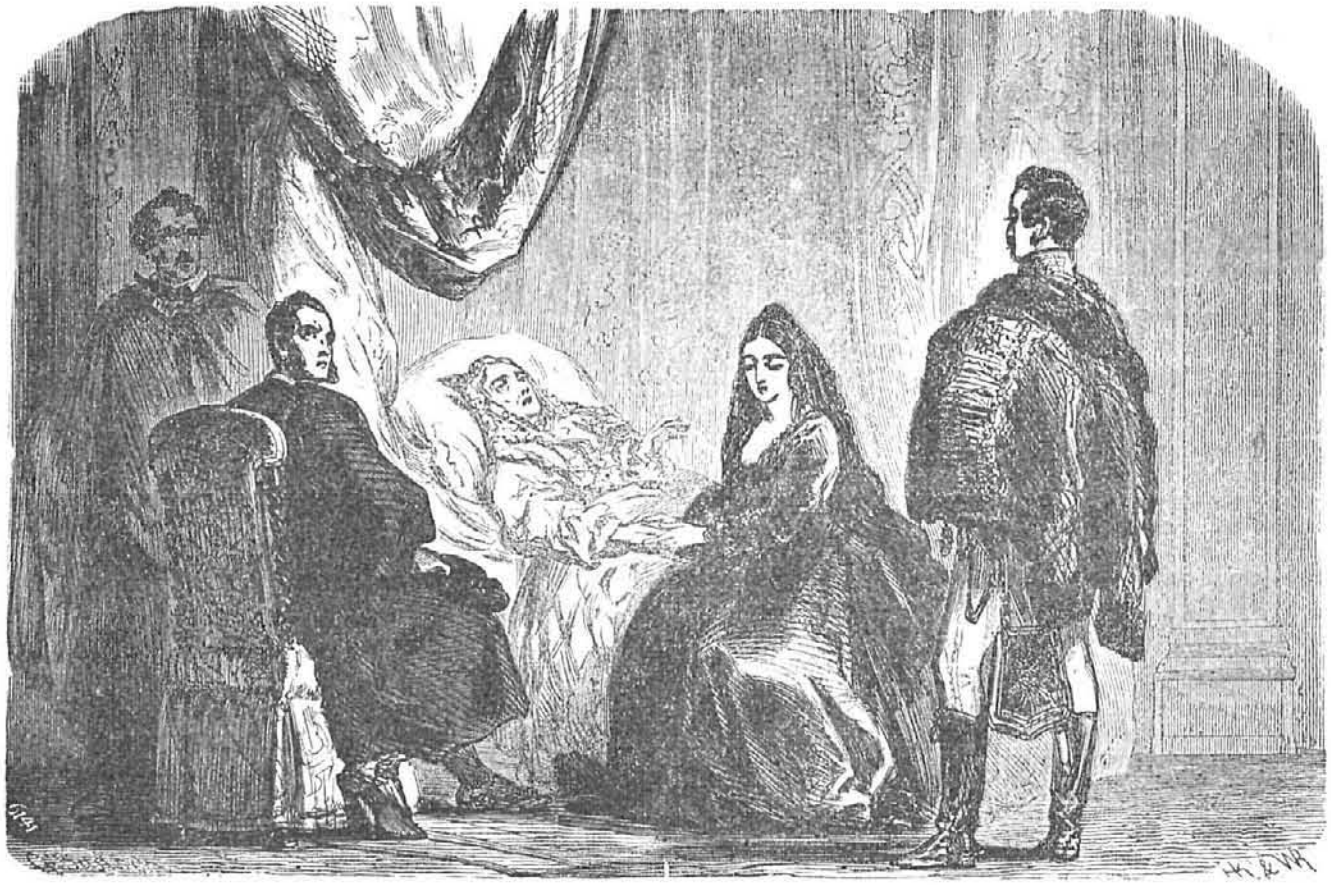
La firmeza de César pareció imponer á los dos españoles, los cuales, despues de haber cambiado una mirada, guardaron silencio.

—Pensad pues ahora en encontrar una garantía segura para mí y para mis soldados, en el caso de que estallase una insurreccion en estas montañas, continuó César, mañana me dareis la respuesta, y á la menor apariencia de peligro, vos, Don Victoriano, me respondereis con vuestra cabeza de que no seré atacado aquí.

—¿Y porqué habeis venido? exclamó colérico el español.

—He venido por órden de mi coronel, respondió César, y desde ahora obraré conforme á sus prevenciones, es decir que emplearé el rigor. Si vuestro ciego ódio contra los franceses puede en vos mas que el interés con que debeis mirar la vida de vuestra madre, tambien yo sabré preferir mi deber á las consideraciones debidas á una mujer, que, despues de todo, me es completamente extraña.

César entonces saludó á Doña Ana y se retiró á su cuarto. No habia podido obrar de otro modo; el peligro creciente lo impelia á apresurar su resolucion, ya obtuviese una garantía, ya hubiese una tentativa para unirse á su regimiento, lo que evidentemente no seria posible á no hacerse dentro de un breve espacio de tiempo. De seguro Don Manuel y Victoriano no afectarian en su presencia aquel aire de ironía y de mofa si no supiesen que detrás de ellos habia una poblacion armada, una poblacion que en Valencia acababa de dar pruebas brillantes de su valor. Hasta la noche permaneció en su habitacion entregado á tristes meditaciones.



—MIRAD VOS MISMO, Y YA NO DUDAREIS; PERO SOBRE TODO NO LE ATORMENTEIS CON PREGUNTAS.

No habia podido volver á ver á Doña Jimena; Estrella le habia dicho que dormia. En la cena no vió mas que á los dos españoles; Doña Ana no se presentó, y sin embargo, ella era la única persona cuya vista hubiera podido darle fortaleza é indemnizarlo de su penosa é insoportable estancia en el castillo. Su imágen se grababa cada vez mas profundamente en su corazon: todo respondia en ella tan bien al ideal que se habia formado de la mujer! Conocia por otra parte que ambos se habian aproximado por la conducta por él observada respecto á su madre, y que nada hostil existia entre él y ella sino lo que tocaba al ódio entre las dos naciones. Tambien habia observado la mirada de desprecio que lanzó contra Don Manuel, cuando este vituperó su delicadeza con respecto á Doña Jimena. Pero por qué acariciaba aquellos dulces ensueños? Dentro de pocos dias habria él partido, ó quizá habria sido muerto. Por la primera vez César experimentó un presentimiento, y este presentimiento era triste. ¿Porqué habia encontrado á una mujer como Doña Ana, capaz de adquirir tanto imperio sobre él, cuando la encontraba en tierra extrangera y en tan funestas condiciones?

Cinco dias transcurrieron aun en semejante situacion, dias graves é importantes para César, porque le sirvieron para ganar el corazon de aquella que al verla por primera vez habia producido en él una impresion tan profunda.

Don Victoriano y Don Manuel habian desaparecido, no se sabia por donde; se decia que habian vuelto á Valencia; pero César presumia que su objeto era apresurar la insurreccion en la montaña. Doña Jimena, que tomaba fuerzas muy lentamente, no dejaba el lecho sino por un cuarto de hora. César habia hallado, por tanto, ocasion de encontrarse solo muchas veces con Doña Ana.

Junto á la cabecera de la enferma sus corazones se habian puesto de acuerdo para engañar á aquella madre, que cada vez que se indicaba siquiera la necesidad de que César volviese á unirse al ejército, experimentaba nuevos accesos de fiebre. Ambos jóvenes habian tenido que tomar un tono de intimidad muy propio para estrecha rápidamente el secreto lazo que unia aquellas dos almas tan formadas para comprenderse. Aunque César por delicadeza conservaba cierta reserva en sus maneras, Doña Ana, en presencia de su madre, se veia frecuentemente obligada á mostrarle los sentimientos de una hermana. Supo tambien que Doña Ana no amaba á Don Manuel, al que Victoriano habia prometido su mano por su interés propio, sin que Doña Ana hubiese todavía dado una promesa positiva. Sus dos almas experimenta-

© Biblioteca Nacional de España

ban los mismos temores, los mismos dolores. Para ambos era un profundo pesar el ver á Doña Jimenn persuadirse cada dia mas de que César era su hijo, y que pronto, volviendo á tomar abiertamente su nombre, arrojaria un nuevo esplendor sobre la casa de Gomez. La esperanza que abrigaban César y Doña Ana de que la madre se restableciese lo bastante para poder soportar una ausencia de César no se habia realizado, por el contrario, no era dudoso que un espeso velo envolvia al alma y la inteligencia de Doña Jimena, y que una vez roto aquel velo debia dar por consecuencia su muerte ó su locura.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE MADRID.

30 DE AGOSTO DE 1864.

Ya no hay Pirineos.—La política y la belleza.—Mas cerca del Paraiso.—Lo que se vé y lo que no se vé.—Observaciones filosófica-morales.—La familia en Paris. — El trabajo. — Lo que no tenemos que ir á buscar fuera de España.—Vuelta á Madrid. — España en Paris y Francia en Madrid.—Asombro de los franceses.—La navaja en la liga.—Donde no está el bello sexo nada hay completo.—Las que se han quedado en Madrid.—Dialogos conyugales.—Promesas-humo.—Despachos telegráficos. —Modo ingenioso de obtener el perdon.—Las mujeres son ángeles.—Cosas de los franceses.—Teatro.—Una comedia de Madrazo.—El porvenir,—El tiempo.—Confesion del cronista.—Fragmento de una carta. —La mujer.

«Ya no hay Pirineos!»

Esta frase que en el mundo de la política es objeto de infinitos comentarios, tiene en el de la hermosura una significacion con la que están de acuerdo todas las reinas de él.

Si entre los políticos unos tiemblan ante la proximidad de la nacion vecina y otros se entusiasman porque el amor universal ha destruido las gigantescas montañas que separaban á dos pueblos hermanos, entre las bellas este fuerte muro significa mayor felicidad y menos costo para emprender ese viaje á Paris, sueño dorado de la imaginacion, nuevos medios de poder poseer los artísticos adornos, los graciosos prendidos, los lujosos trages; en una palabra, todos esos encantos que las manos de hada de la industria francesa ofrece á la encantadora mitad del género humano, para que uniéndolo á sus naturales atractivos, sea lo que ha sido y lo que es la gran conquistadora, el ideal del mundo, lo mas encantador, lo mas sublime de la tierra.

Otra cosa significa tambien esa histórica y expresiva frase que he escrito al frente de mi revista. La facilidad con que podrán mis lectoras pasar una temporada en Paris, les hará ver que no es oro todo lo que reluce en esta capital del mundo civilizado, tendrán ocasion de convencerse de que bajo ese esplendoroso manto con que se aparece á la vista, duermen muchos de esos hermosos sentimientos que inundan de suave y bienhechora luz el cuadro de nuestra vida íntima, y serán mas dichosas al comprender que no disfruta en todas partes la mujer esa tranquila, esa inefable dicha que le sonríe bajo el purísimo cielo de la España.

Con efecto verán que la familia está herida de muerte en Paris; que el tierno fruto del amor conyugal no crece y se desarrolla en el regazo materno; que el matrimonio es un contrato social donde puede existir la amistad, donde rara vez se encuentra el amor; que la muger se sostiene gracias á un rudo trabajo: si es aristócrata, si la fortuna la favorece necesita agotar su ingenio para interesar con su conversacion á los que pueblan sus salones; si no es rica necesita ayudar á su esposo desempeñando el puesto de tenedor de libros ó cualquier otro en una casa de comercio, en un bazar, en cualquier parte; si es pobre mil oficios la llaman para ganar en ellos el sustento con el sudor de su frente, y en este último caso y aun en muchos de aquellos falta á la vida conyugal, á la vida filial esas espansiones, esas dulzuras, esas horas, esos momentos en que la familia se reune en torno del hogar, en la mesa, en el gabinete, para observarse, para recordar el pasado, para recoger el sabroso fruto sembrado en el estrecho recinto de la casa.

Pero esto no es hacer una revista de Madrid y me vuelvo de mi escursion filosófica á la capital del vecino imperio para hablar de la coronada villa.

No en vano empezé diciendo que ya no hay Pirineos.

El gran acontecimiento del mes de Agosto, y acaso del año 1864, ha sido la inauguracion del ferro-carril del Norte.

Durante muchos dias las fondas, los paseos, las calles, los museos, los monumentos, los circos y los Campos Elíseos han sido el Teatro donde se han ofrecido á la curiosidad de los madrileños algunos personages, no pocos periodistas y muchos curiosos privilegiados, habitantes todos de la imperial ciudad, que invitados por la empresa del ferro-carril del Norte han venido á esta corte despues de asistir á la inauguracion y al banquete de San Sebastian.

El dia 16 por la noche no se oia en los Campos Elíseos mas que el idioma de Moliere, numerosos franceses asistian á la representacion del *Polluto*, recorrian las microscópicas calles de árboles del improvisado jardin, y admiraban á las hermosas madrileñas que con sus trasparentes céfiros dejaban ver sus lindas y agraciadas cabezas, sus chispeantes ojos y sus expresivas sonrisas.

Los franceses manifestaban su asombro y algunos acordándose de lo que Dumas y otros cuantos novelistas han contado en su país no podian menos de decirse que parecia mentira que aquellas mugeres poéticas guardasen en la liga la temible navaja.

Mucho trabajo ha costado convencerles de este error, pero me parece que los que nos han visitado no darán crédito en lo sucesivo á la ligereza de sus escritores de costumbres extrangeras.

En cambio los españoles que en mucho mayor número han acudido á Paris para asistir á los festejos con que la corte de Francia ha celebrado la visita del esposo de nuestra augusta soberana no han incurrido en estas exageraciones porque en España se conoce la Francia.

Allí han embellecido con su presencia los saraos, las representaciones de gala, los banquetes y las recepciones, algunas de las ilustres damas de nuestra corte, que incomodadas y no sin justicia con la empresa del ferro-carril que no ha llevado su galantería hasta invitarlas á la inauguracion, cómo si hubiera alguna solemnidad completa sin los encantos del bello sexo! han ido á Paris á esperar á sus esposos dando á la colonia española ese interés, esa belleza, ese encanto que solo ellas pueden dar y que ha faltado á la colonia francesa que nos ha visitado.

Muchas ha habido sin embargo que han tenido que quedarse en Madrid lamentando una infidelidad de sus esposos.

—Con que te vas sin mi, y á Paris! han dicho algunas.

—Qué quieres muger, han contestado los maridos; se trata de asistir á la inauguracion, una solemnidad oficial á donde deben concurrir todos los hombres notables y no puedo librarme de tan enojoso compromiso.

—Enojoso! sí, enojoso!

—No lo dudes.

—Para quien te crea!

—Pues qué ¿no es enojoso dejar algunos dias á la muger á quien se quiere tanto?

—No me vengas con esas....mira que te conozco!

—En fin es cosa de tres dias y te prometo no pasar de San Sebastian, á no ser que me obligue á llegar á Paris un nuevo compromiso...

—Que te obligará...

—Yo lo esquivaré.

Y los esposos se despidieron de sus esposas, y despues del banquete les enviaron sus correspondientes despachos concebidos sobre poco mas ó menos en estos términos:

—Imprescindible-viaje-Paris-Fuertes-compromisos-Sentimiento-cúidate-pronto-vuelta.

Gasto inútil: las esposas sabian que con un billete en el bolsillo para ir á París son pocos los que dejan de usarlo.

Ellos debieron presumir que hallarian caras adustas y los mas avisados han conjurado la tormenta de un modo muy sencillo; visitaron las Galerías del *Palais Royal*, compraron aderezos, sortijas, relojes ó algunas otras bagatelas y al entrar en su casa:

—Qué habrás dicho de mí! exclamaron, pero qué quieres, el deber, los compromisos: sin embargo no creas que te he olvidado, registra mi maleta y hallarás un recuerdo.

—Un recuerdo!

—De París.

—De París! (el ceño se desarruga, la sonrisa asoma á los lábios, el perdon va á exhalarse).

—De veras has pensado en mí?

—Pues no.

—Entonces te perdono, pero no lo vuelvas á hacer.

Y los cariñosos consortes se decian: —Cuando ha pensado en mí, no es tan culpable!

Ah! sois unos ángeles, y vuestros esposos que han tenido valor para abandonaros no ya cinco ó seis dias sino una hora, no tienen perdon de Dios!

Pero volvamos á los franceses de Madrid.

Todo lo han visto, todo lo han observado, han hecho sus apuntes y en ocho dias presumen conocernos á fondo.

—Esto es horrible! exclamaban algunos... ¡qué puede esperarse de un pais en donde el sol abrasa.

En un país así lo que se espera y lo que se alcanza es la bendicion de Dios en los campos; pero nuestros huéspedes que nos han visto al través del sol, no han podido distinguirnos y sus pinturas van á ser muy chistosas.

Un andaluz decia:

—Con que les choca el sol! Tanto mejor, con eso sabrán que quemamos.

Un periodista traspirenáico fué á una casa de baños y al pagar dió una moneda de 10 francos.

—Esto no pasa, le dijo el dependiente.

—Yo escribiré á mi país, contestó, que aquí no se respeta el oro francés.

Villemersant, el director del *Figaro*, ha visitado la calle de Toledo y en sus tiendas ha adquirido una porcion de objetos españoles; botas á la andaluza, mantas jerezanas, fajas de seda, navajas, guitarras, panderetas, castañuelas. Sus cartas de viajes deben ser muy curiosas. Tambien hemos tenido en Madrid á Teófilo Gautier, el cual se ha convencido de que cuando escribió de España soñó.

Ahora ha despertado y ha comprendido que nuestro pais es mejor cuando se le vé con los ojos abiertos que cuando se le adivina con los ojos cerrados.

Durante el mes que acaba han continuado llenos de animacion los Campos Elíseos y los circos. Ahora se aprestan las empresas teatrales.

Ya que hablo de teatros no quiero dejar desapercibido el lindísimo *A propósito* que ha regalado el distinguido escritor D. Francisco de Paula Madrazo á sus convecinos de temporada en el Escorial. Titúlase *Un chocolate en las arenitas*, y es un precioso paisage donde las figuras y los episodios son copiados del natural con una gracia y una exactitud admirables.

Este juguete, que la modestia de su autor ha convertido en un juguete de familia, en un desahogo íntimo, se estrenó en el Real sitio de San Lorenzo la noche del Santo Patron. El público que oyó al final dos deliciosas cartas en verso dirigidas la una por los *Campos Elíseos al Escorial*, y la otra por el *Escorial á los Campos Elíseos*, llamó á su ingenioso autor á la escena y le colmó de aplausos.

Tambien en la Granja se divierten mucho los que han ido á pasar el verano en las frescas márgenes del Balsain.

La visita del duque de Parma ha animado mucho el Real Sitio, y para festejarle han corrido las fuentes, ha celebrado un banquete y como siempre muchas de nuestras elegantes damas, astros del cielo aristocrático, han embellecido estos festejos en honor de un príncipe extranjero.

Dentro de algunos dias volverá la corte, despues irán llegando poco á poco de las provincias y del extranjero los miembros esparcidos del gran mundo madrileño. El punto de cita es la próxima exposicion de pinturas, los mas rezagados se encontrarán en la primera funcion del Teatro Real, despues se abrirán los salones; las fantásticas noches de invierno sonreirán de nuevo á la belleza; los que el año pasado teníamos un año menos contaremos un año mas... ¿pero qué es un año? Lo mejor es no pensar en el tiempo hasta que ha pasado. El amor y la belleza son siempre jóvenes, y cuando no hay esta, el agua de Juvencio!

Voy á concluir, pero antes quiero cometer una indiscrecion. Estoy seguro de que al leer estas líneas mi buen amigo el digno propietario de *La Moda Elegante* vá á borrarlas, pero yo le suplico que desobedezca este impulso de su modestia, porque si él no necesita sincerarse á los ojos del bello sexo, yo sí.

Escribí hace poco al Sr. D. A. de Cárlos, diciéndole que el artículo que publicó *La Moda*, con el título de una *Teoría sobre el amor*, era mio; y me contestó con esa franqueza que le caracteriza y que tanto estiman en él sus amigos, que mi doctrina era contraria á la suya.

«Cuando V. tenga mi edad, añadia, estoy seguro de »que no escribirá artículo como ese, pues la experien»cia le habrá hecho conocer que la mujer vale mo»ralmente mucho mas que el hombre, y que las excep»ciones no pueden ni deben formar regla.

«La mujer es la que sabe amar, sufrir y padecer con »la abnegacion y el heroismo de que no es capaz el »hombre, y decir lo contrario es, sin duda, por no ha»ber estudiado á fondo su corazon.»

Esto decia mi buen amigo como un correctivo á mi artículo, que apareció por primera vez hace seis años, y que no sé porqué casualidad ha vuelto á ser impreso.

Pero para que no me juzgue mal, ni abunden en su juicio mis lectoras, debo añadir que dos años despues de publicar mi teoría, escribí y están impresas las siguientes líneas:

«He dicho antes de ahora, que el hombre ama una »vez, pero mucho; que las mujeres aman muchas, pero »poco.

«Despues de haber publicado como axioma esta opi»nion me he arrepentido.

»La mujer que ama, ama muchísimo.

»La que ama muchas veces no es mujer, es coqueta...»

¿Quiere mas el Sr. D. A. de Cárlos? Cuando pienso en mi madre, cuando me recreo en la santa felicidad que me ofrece mi esposa, cuando recuerdo á la adorada hija que me arrebató la muerte á poco de nacer; cuando estas tres figuras prestándose mútuamente sus virtudes se aparecen á mis ojos, no puedo menos de creer que la mujer es la mas sublime creacion del Hacedor. Cuando yo escribí mi teoría no hablé de las mujeres.

JULIO NOMBELA.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE FULARD COLOR DE MAHON.—El borde inferior de la enagua está recortado en puntas redondeadas algo anchas, con un ribete de galon azul; cinco órdenes de lunares bordados con torzal de seda azul van puestos formando ondas por dentro de estas puntas. Por cada costura de los paños suben, cruzándose, dos órdenes de lunares. Paletot igual al trage, con un bordado análogo. Sombrero de paja de arroz blanco, glaseado, guarnecido de cintas azules y de acianos.

TRAGE DE GASA DE SEDA BLANCA, SALPICADA DE RAMITOS DE FLORES DE LOS CAMPOS.—La enagua, mas larga de lo comun, está fruncida por abajo, de modo que forme bullones perpendiculares, que tengan unos 20 centímetros de alto y 8 de ancho, separados por dos encages negros estrechos, cosidos pié con pié. Corpiño liso, montante, guarnecido por delante y por el cuello con un bullon estrecho, que lleva una cabeza por cada lado. Esta cabeza está orlada de encage negro muy estrecho. Mangas largas, guarnecidas por un bullon; un segundo bullon bastante ancho forma un jokey. Cinturon de cabos anchos con encage negro y bullones todo al rededor. Sombrero de paja de Italia, adornado con flores de los campos. Guantes de piel de Suecia color gamuza, largos y sin botones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob, Paris

© Biblioteca Nacional de España